

verisímil: y á vista del aprieto en que se halló Pedro de Alvarado, se nos figura menos digno de admiracion el suceso, teniendole, no tanto por raro contingente negado á la humana diligencia, como por un esfuerzo extraordinario de la última necesidad.

## CAPITULO XIX.

*MARCHA HERNAN CORTÉS LA vuelta de Tlascála, siguiénle algunas tropas de los lugares vecinos, hasta que uniéndose con los Mexicanos, acometen al ejército, y le obligan á tomar el abrigo de un adoratorio.*

rese  
cer-  
acú- **A** Cabó de salir el ejército á tierra con la primera luz del día, y se hizo alto cerca de Tacúba, no sin rezelos de aquella poblacion numerosa y parcial de los Mexicanos; pero se tuvo atencion á no desamparar luego la cercania de la laguna, por dar algun tiempo á los que pudiesen escapar de la batalla: y fue bien discurrida esta detencion, porque se logró el recoger algunos Españoles y Tlascaltécas, que, mediante su valor ó su diligencia, salieron nadando á la ribera, ó tuvieron suerte de poderse ocultar en los maizales del contorno.

Dieron estos noticia de que se habia perdido totalmente la última porcion de la retaguardia: y pues-

ta en esquadron la gente, se halló que faltaban del ejército casi doscientos Españoles, mas de mil Tlascaltécas, quarenta y seis caballos, y todos los prisioneros Mexicanos, que sin poderse dar á conocer en la turbacion de la noche, fueron tratados como enemigos por los mismos de su nacion. Estaba la gente quebrantada y rezelosa, disminuido el ejército, y sin artillería, pendiente la ocasion, y apartado el término de la retirada: y sobre tantos motivos de sentimiento se miraba como infelicidad de mayor peso la falta de algunos Cabos principales, en cuyo número fueron los mas señalados Amador de Lariz, Francisco de Morla y Francisco de Saucedo, que perdieron la vida, cumpliendo á toda costa con sus obligaciones. Murió tambien Juan Velazquez de Leon, que se retiraba en lo último de retaguardia, y cedió á la muchedumbre, durando en el valor hasta el último aliento. Pérdida que fue de general sentimiento, porque le respetaban todos como á la segunda persona del ejército. Era Capitan de grande utilidad, no menos para el consejo que para las execuciones: de austera condicion y continuas veras; pero sin desagrado ni prolixidad: apasionado siempre de lo mejor, y de ánimo tan ingenuo, que se apartó de su pariente Diego Velazquez, porque le vió descaminado en sus dictámenes; y siguió á Cortés, porque iba en su vando la razon. Murió con opinion de homi-

Perdieron-  
se doscien-  
tos Españo-  
les.

Muere Juan  
Velazquez  
de Leon.

Sus buenas  
prendas, y  
el senti-  
miento de  
su muerte.

bre necesario en aquella conquista, y dexó su muerte igual ejercicio á la memoria que al deseo.

Congoja  
interior de  
Cortés.

Descansaba Hernan Cortés sobre una piedra entretanto que sus Capitanes atendian á la formacion de la marcha, tan rendido á la fatiga interior, que necesitó mas que nunca de sí, para medir con la ocasion el sentimiento: procuraba socorrerse de su constancia, y pedia treguas á la consideracion; pero al mismo tiempo que daba las órdenes, y animaba la gente con mayor espíritu y resolucion, prorumpieron sus ojos en lagrimas, que no pudo encubrir á los que le asistian: flaqueza varonil, que por ser en causa comun, dexaba sin ofensa la parte irascible del corazon. Sería digno espectáculo de grande admiracion verle afligido, sin faltar á la entereza del aliento, y bañado el rostro en lagrimas, sin perder el semblante de vencedor.

Murió el  
Astrólogo.

Preguntó por el Astrólogo, bien fuese para indignarse con él, por la parte que tuvo en apresurar la marcha, ó para seguir la disimulacion, burlandose de su ciencia; y se averiguó que habia muerto en el primer asalto de la calzada: sucediendo á este miserable lo que ordinariamente se verifica en los de su profesion. No hablamos de los que saben con fundamento la facultad, proporcionando el uso de ella con los términos de la razon; sinó de los que se introducen á judicarios ó adivinos, hombres que por la ma-

yor parte viven y mueren desastradamente, siempre solícitos de ajenas felicidades, y siempre infelices, ó menos cuidadosos de su fortuna: tanto, que alguno de los Autores clásicos llegó á presumir, que solo el inclinarse á la vana observacion de las estrellas se podia tener por argumento de nacer con mala estrella.

Misérias de  
esta profes-  
sion.

Fue de gran consuelo para Hernan Cortés, y para todo el ejército que pudiesen escapar de la batalla y de la confusion de la noche Doña Marina y Gerónimo de Aguilar, instrumentos principales de aquella conquista, y tan necesarios entonces como en lo pasado, porque sin ellos fuera imposible incitar, ó atraer los ánimos de las naciones que se iban á buscar. Y no se tuvo á menor felicidad que se detuviesen los Mexicanos en seguir el alcance; porque dieron tiempo á los Españoles para que respirasen de su fatiga, y pudiesen marchar, llevando en grupa los heridos, y en menos apresurada formacion el ejército. Nació esta detencion de un accidente inopinado, que se pudo atribuir á providencia del cielo. Murió al rigor de las armas enemigas los hijos de Motezuma que asistian á su padre, y los demás prisioneros que venian asegurados en el comboy del bagage; porque cebados al amanecer los Indios en el despojo de los muertos, reconocieron atravesados en sus mismas flechas á estos Príncipes miserables, que veneraban con aquella especie de adoracion que dieron

Escaparon  
los intér-  
pretes.

Detencion  
de los Me-  
xicanos.